

SOBRE LA PISTA DE UNA IGLESIA DESAPARECIDA DE LA MÉRIDA TARDOANTIGUA

Recebido: 13 de Julho de 2017 / Aprovado: 19 de Outubro de 2018

Francisco Javier Heras Mora¹

Junta de Extremadura

Resumen

El descubrimiento en 2009 de los restos de una construcción de planta absidada en Mérida, en la margen del río opuesta al recinto amurallado romano, sirve como punto de partida para reflexionar sobre la ubicación de una de las iglesias o ermitas citadas por el libro de las *Vidas de los Santos Padres Emeritenses*.

En esta comunicación se pretende un recorrido historiográfico y arqueológico que atañe a algunos de los edificios cristianos que estaban en pie al menos en el siglo VI. Entre los argumentos que se esgrimen, se encuentra el interesante conjunto de fragmentos escultóricos -elementos litúrgicos o de arquitectura religiosa de “época visigoda”- rescatado en este mismo lugar hace casi setenta años.

Palabras-clave: Templo cristiano; escultura visigoda; Mérida; Tardoantigüedad.

Abstract

The discovery in 2009 of the remains of an apsidal building in Merida, on the riverbank opposite to the Roman walled city, is the starting point to reflect on the location of one of the churches or hermitages cited in the book *Vitae Sanctorum Patrum Emeritensium*.

In this presentation we intend a historiographic and archaeological reflection about some of the Christian buildings that were standing at least in the 6th century. Among the arguments that we wield, there is the interesting set of sculptural fragments -liturgical elements or religious architecture of the ‘Visigothic period’- rescued in this same place almost seventy years ago.

Keywords: Roman temple; Visigoth sculpture; Merida; Late Antiquity.

¹ fjheras@gmail.com

Introducción

La trayectoria historiográfica de la arqueología emeritense hace décadas que no está del todo capitalizada en solitario por los estudios sobre el conjunto monumental de su pasado clásico. Y es que el papel que la ciudad debió desempeñar durante la Antigüedad Tardía es sumamente relevante y en esta línea hemos de entender la necesidad de continuar investigando sobre este capítulo de su historia y el importante legado arqueológico que ha dejado en su estratigrafía arquitectónica.

Es innegable el peso que, desde este punto de vista, ha adquirido tradicionalmente el conjunto de Santa Eulalia, la basílica, la necrópolis y otros elementos vinculados de una forma u otra con este núcleo religioso y urbano (por ejemplo: Barrera, 1995, Mateos Cruz, 1999). También las manifestaciones artísticas, en buena medida al amparo de esta circunstancia, han gozado de justa atención (Cruz Villalón, 1985), aunque aún falte por completar el proceso socio-divulgativo con la esperada construcción de la futura sede de la “Colección de Arte Visigodo”. Sin embargo, las continuas excavaciones que se realizan en la ciudad amenazan con no cerrar nunca el ya abultado elenco de piezas con que cuentan los almacenes del Museo o del Consorcio de Mérida.

El conjunto de Santa Eulalia, los restos arqueológicos del área de Santa Catalina, donde se identificó el *Xenodochium* mencionado por las *Vitae*², o la basílica de Casa Herrera, fuera ya del ámbito urbano, constituyen los restos más evidentes de esa etapa tardoantigua de Mérida, por lo menos sus más significativos edificios religiosos o en relación con ellos. Sin embargo, la arquitectura cristiana debió ir mucho más allá y, de hecho, las mismas fuentes a que me refería aluden a otras

iglesias o ermitas, como la que fuera el templo principal -*Sancta Iherusalem*-, San Cipriano y San Lorenzo, *Quintiliana* y *Cubillana* o *Cauliana*.

Algunos de estos templos cristianos se habrían erigido extramuros, fuera de los límites de la ciudad pero dentro de su radio gravitatorio. Dos de ellos, el de San Fausto y el de Santa Lucrecia, apenas distarían de sus murallas unos pocos centenares de metros, a lo sumo una milla, según se deduce de aquel extraño episodio en que se narra la vivencia de un joven muchacho testigo de una comitiva de santos entre quienes se encontraba el obispo Fidel. Profundizaremos más adelante sobre este capítulo, así como en ciertos aspectos que pueden deducirse de sus detalles y que -veremos también- pueden ayudarnos en nuestro objetivo.

Este texto se torna en una pieza más de un interesante puzzle del que formarán parte, además, otros testimonios modernos, unas indicaciones poco precisas sobre la ubicación de unos restos escultóricos, la entidad misma de éstos y unas estructuras de reciente descubrimiento. Veamos cómo puede encajar todo ello, si es que en efecto podemos obtener una explicación unitaria en nuestro recorrido. Comencemos pues con la materialidad de la evidencia arqueológica y dejemos para el final la construcción historiográfica y sus posibles interconexiones.

La evidencia arqueológica (I): los restos post-romanos y altomedievales de la Escuela de Hostelería de Mérida

A comienzos de 2009, en el desarrollo de la intervención arqueológica previa a la construcción de la Escuela de Hostelería de Mérida -en adelante EHM-, en la margen derecha del río Guadiana (Fig. 1), documentábamos los restos de una estructura,

² *De vita et miraculis patrum emeritensium*. Tomaré las traducciones y estudio de I. Velázquez (2008).

semidesmontada de antiguo, que se integraba en la fase tardoantigua de la estratigrafía. La secuencia se inauguraba -al margen de unos silos prehistóricos- con unos hornos cerámicos y basureros de época orientalizante (Jiménez *et al.*, 2013; Jiménez y Heras, 2017). Los niveles romanos que la sucedían venían igualmente marcados por una intensa actividad productiva y, de nuevo, con carácter alfarero (Bustamante y Heras, 2013). Seguramente, la vecindad al agua y, en buena medida también, las cualidades de la arcilla de su ámbito próximo o de los lodos arenosos más inmediatos harían de este sitio un emplazamiento óptimo para instalar este tipo de industria. En época romana, además, hemos de tener en cuenta su situación periférica respecto al recinto amurallado de la ciudad, a una distancia suficiente como para alejar los molestos humos de las chimeneas de los hornos cerámicos. Veremos más adelante cómo ese uso industrial se reproduce casi hasta nuestros días.



Fig. 1 - Plano de situación del solar excavado en 2009 para la construcción de la Escuela de Hostelería de Mérida.

Tras los primeros años o décadas de la Era, toda esta actividad alfarera se ve interrumpida, así como cualquier otra ocupación del espacio -al menos que haya dejado evidencia material directa-, hasta el periodo tardorromano o tardoantiguo. Es el momento en se excavan unas sepulturas y se erige

la construcción sobre la que centraremos nuestro análisis en lo sucesivo.

Los hornos y testares romanos que otrora formaron parte de un complejo encargado de la producción de material latericio, cerámica común y ánforas, hacía tiempo que estaban abandonados y habían quedado sepultados bajo más de un metro de fina arena de río. Probablemente, el régimen de arrastre y sedimentación a que sometía el Guadiana a sus orillas con cada crecida y retirada habría condicionado, no sólo el destino de estas áreas fluviales, sino la propia dinámica topográfica de la zona.

La ocupación medieval

Uno de los elementos más indicativos de esta problemática erosiva y de la voluntad de controlar sus efectos pudo ser la excavación de un gran foso que atravesaba el solar. Éste discurría al menos desde el Alto Medioevo, seguramente ya en el siglo IX. Con un promedio de 6 m de ancho y hasta 1,50 m de profundidad y sección en “V”, este canal presentaba orientación prácticamente O-E, perpendicular a la orilla del río y a las curvas de nivel y, por tanto, con pendiente hacia su cauce. El interior apareció colmatado completamente por una sucesión de sedimentos arenosos, por lo general muy homogéneos, y separados a lo sumo por finas bolsadas de color levemente más oscuro. Esta gran fosa se interpretó como acequia de desagüe, posiblemente con la intención de encauzar las escorrentías del cerro que, con toda probabilidad, habrían de suponer un problema de relevancia para un eventual uso agrícola de este espacio allanado junto a las cotas bajas del margen fluvial. A favor de esta hipótesis, contamos con las características del suelo que lo rodea, sus aptitudes y la

ausencia de cualquier construcción coetánea en sus proximidades.

En ambos márgenes y a lo largo de todo el desarrollo de esta gran fosa, aparecen irregularmente repartidos grandes bloques de cuarcita y granito. En general, estas piezas conforman grupos distribuidos y alineados conforme al borde mismo de nuestro supuesto canal de desagüe, a una cota semejante y en relación con la superficie de uso generada en torno a éste.

A escasos metros se define una nueva estructura, hueca, de planta cuadrada, de 3,20 m de lado y más de 2,50 m de profundidad documentada, si bien no fue excavada en su totalidad, al alcanzar a esa cota el nivel freático. Presenta fábrica de sillares de granito en la mayor parte de su desarrollo, en que se intercalan bloques de cuarcita de menor tamaño y piedra pequeña en los intersticios, a



Fig. 2 - Detalle del interior del pozo islámico excavado en el solar de la EHM, donde se aprecia la fábrica de sillares de granito reutilizados.

modo de cuña (Fig. 2). Sólo en los últimos centímetros -superiores-, próximos a la rasante del suelo, la obra se ejecuta mediante mampostería de cantos de tamaño medio y pequeño trabados con una solución de cal de escasa consistencia. Sin mayores reservas, este elemento se ha puesto en relación con un pozo para la captación de agua subterránea, aprovechando el nivel freático que poseen estas zonas inmediatas al río y destinado a cubrir las supuestas necesidades de los cultivos que debieron practicarse en este sector periurbano.

Como en las agrupaciones de piedra del margen del canal, los bloques empleados muestran notable desgaste en sus aristas y, mayoritariamente, corresponden a fragmentos de sillares. Se compone, en definitiva, con materiales reutilizados procedentes de otras construcciones, romanas en último término, pues las piezas completas muestran el habitual formato empleado en aquéllas, con la característica muesca para su manipulación.

En lo relativo a la cronología de este pozo, también aquí es posible fijar su uso y, al menos, su obliteración en época islámica. Entre los materiales más representativos, destacamos un fragmento cerámico con el característico acabado de “cuerda seca total”, cuyo uso se generaliza a partir del siglo X, y que presenta una inscripción con caracteres cúficos.

El edificio absidado post-romano

Al otro lado del canal de desagüe, no obstante, a escasos centímetros de éste y a pocos metros del pozo de sillares, se traza la planta de una nueva construcción de piedra. Las estructuras que la conforman, conservadas precariamente hasta la primera hilada, presentan espesores por encima de un metro de ancho, quizás con el objeto de

conferir mayor estabilidad al edificio. Buena parte de su recorrido se encuentra perdido y, acaso, resta la huella del expolio de las piezas desde su posición original, impresa parcialmente en las zanjas de cimentación (Fig. 3).



Fig. 3 - Vista general de los restos conservados de un edificio en cuya planta se incluye un espacio absidado.

Con todo, podemos definir algunos tramos y, en cierta medida, seguir el trazado de un sector de un edificio de aspecto unitario. Integran su planta un muro curvo -de entre 1 y 1,10 m de grosor-, al final de otro recto -de hasta 7 m de longitud-, que le confiere una morfología absidada a la estancia que definen ambos; del flanco oriental, arranca perpendicularmente una tercera cimentación -de hasta 1,20 m de anchura-, con un recorrido conservado de 8 metros (Fig. 4). A partir de la curvatura de aquél podría suponerse un ambiente “central” de aproximadamente 4 m de amplitud, pero de desarrollo longitudinal desconocido. Tampoco conocemos el espacio que se define a continuación del costado oriental, ni la planta ni sus dimensiones, con lo que resulta sumamente complicado adivinar su relación con aquel otro.

Desde el punto de vista técnico, hemos de tener en cuenta que en la cimentación se emplean bloques escuadrados de granito, la mayoría fragmentos

de sillares, con aristas desgastadas y, en algunos casos, facetas irregularmente cortadas. Estas piezas se ubican sobre todo en el trasdós del muro curvo y en la inserción de éste con la estructura perpendicular. En el interior, y a modo de relleno, se usan piedras de menor tamaño, cuarcitas en su mayoría, trabadas entre sí “a hueso”.

En una construcción donde falta una parte ciertamente reseñable de su planta y, sobre todo, los alzados de sus muros, los suelos tampoco se han conservado, si es que en origen contó con algún pavimento de fábrica. En el lugar donde cabría esperar algún tipo de solución en este sentido, a lo sumo se ha documentado una superficie de tierra compacta, oscura, sobre la que se extiende en un par de metros cuadrados una fina bolsa de cenizas y carbones, acompañada por unos cuantos fragmentos cerámicos poco significativos de cronología tardoantigua-altomedieval.

Baste contemplar la fábrica de estas cimentaciones para reconocer en ellas las mismas cualidades presentes en las piezas documentadas en aquel pozo y los márgenes del gran canal inmediato. Y es que no resulta difícil deducir que en estos elementos de cronología islámica habrían de emplearse los materiales disponibles de una construcción previa, posiblemente obsoleta y, en todo caso, abandonada. De asumir esa relación de obsolescencia

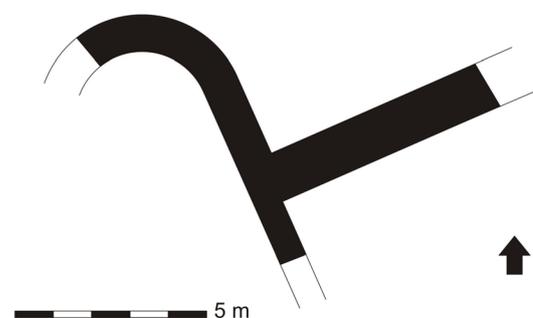


Fig. 4 - Planta de los restos de la edificación absidata post-romana documentada durante las excavaciones arqueológicas previas a la construcción de la EHM.

y pragmático reaprovechamiento, podemos llegar a entender un desarrollo notable de este otro edificio, con robustos muros levantados con bloques de piedra, cuarcita y granito, a su vez reciclados de otras edificaciones anteriores. Podremos aceptar, incluso, que la planta debió trascender substancialmente de la que describen los restos conservados, algo que ya habíamos intuido, puesto que no se conocen las terminaciones periféricas de los distintos muros que la componen.

A la vista de todo ello, cabría pues interpretar una construcción semidesmontada, anterior en todo caso al hipotético uso agropecuario del espacio, deducido a partir del canal y el pozo islámicos. Aquélla pudiera retrotraerse acaso al periodo post-romano, tal vez tardoantiguo, donde suele ser habitual el reaprovechamiento -a su vez- de elementos constructivos de la fase romana clásica en desuso, en un usual *continuum* en el ciclo de renovación urbana en una ciudad tan dinámica como *Emerita*.

Por su parte, su planta muestra un interesante recurso que la aleja de los habituales esquemas funcionales de las instalaciones agropecuarias post-romanas, tardoantiguas o medievales. La solución curva que presenta uno de sus muros nos lleva a considerar un espacio absidado que recuerda a ciertas estancias de representación de las *domus* tardorromanas, pero también a la arquitectura religiosa y cristiana, basada en una reinterpretación del modelo basilical. De hecho, no sería la primera vez que se identifica una de esas aulas domésticas “tardías” como basílica en el seno mismo de la ciudad.

La limitación que, obviamente, supone conocer tan sólo una porción reducida del plano del edificio obliga a la cautela en este tipo de lectura funcional. Tampoco la carencia de contextos materiales claros vinculados a su uso permite

caminar con seguridad en ese sentido. Tampoco la frecuente cohabitación de los espacios religiosos con los enterramientos se muestra aquí de forma rotunda; acaso, hemos de tener en cuenta la constatación, a escasos metros, de sendas sepulturas de inhumación, decúbito supino y en fosa simple, con cubierta de *tegulae*, orientación O-E y carentes de ajuar o depósito funerario. Por otra parte, si recurrimos, además, a la orientación de aquel “ábside” hemos de admitir que ésta no sigue *a priori* los cánones generales de la arquitectura cristiana que los alinea hacia el Este.

Habría que aceptar pues que esta última cuestión no es baladí y supone un verdadero hándicap para proseguir con esta línea argumental acerca de un hipotético cometido religioso. Empero, no ha de espantarnos la idea de que existan variaciones más que significativas en la orientación de los templos cristianos, muchas veces alineados conforme a caminos u obligados a adaptarse a espacios o construcciones preexistentes. Ni siquiera debemos dejar de contemplar la posibilidad de que esta estructura curva no sea más que uno de los ábsides de un edificio más complejo, pues hasta cierto punto abundan soluciones multiabsidadas en la arquitectura religiosa tardoantigua.

De lo primero, no faltan ejemplos de ermitas con el ábside orientado hacia el norte, como la también extremeña de Santiago de Albuquerque, de posible cronología tardoantigua (Bueno, 1973: 13; Alba y Feijoo, 2003: 14) -quizás medieval (Caballero y Arce, 2005)-, o la portuguesa de Odrinhas, en el área lisboeta (Maciel y Baracho, 1994). Por lo segundo, las construcciones pluriabsidadas, particularmente contra-absidadas, tampoco son inéditas en el ámbito territorial emeritense, como la propia basílica de Casa Herrera, con dos ábsides enfrentados (Caballero y Ulbert, 1975),

al igual que el edificio de la villa de La Cocosa (Serra Rafols, 1952), también en la provincia de Badajoz, o Mértola (Macias, 1992; Lopes, 2000) y Torre de Palma (Heleno, 1962), estas últimas en el país vecino, pero aún en el espacio de la antigua Lusitania.

La evidencia arqueológica (II): escultura litúrgica tardoantigua

A mediados del pasado siglo, los inventarios del entonces Museo Arqueológico de Mérida venían ingresando, de forma aparentemente fortuita y arbitraria, un conjunto de piezas marmóreas procedentes de un sector muy concreto de la periferia emeritense, *grosso modo* lo que hoy pudiera corresponder con el espacio de la actual EHM (Fig. 5). El llamado “depósito de la Alcazaba”, que custodiaba una parte de la colección del Museo, se había convertido en el destino de muchos de estos hallazgos escultóricos, al menos hasta que fueran expuestos -parcialmente- en la Iglesia de Santa Clara, antecedente del actual Museo Nacional de Arte Romano -en adelante MNAR- y donde permanecen formando parte de la llamada “Colección Visigoda”.

A efectos de la procedencia, la mayoría de las veces las se incluían en los registros con precarias

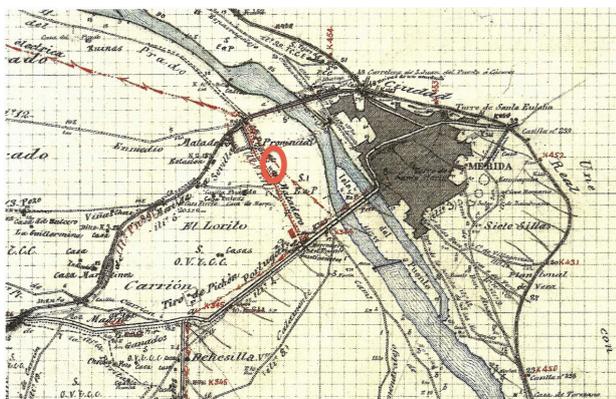


Fig. 5 - Situación relativa del solar intervenido para la construcción de la EHM, en el margen de la carretera del antiguo Matadero Provincial, en el paraje conocido como “El Lorito”.

indicaciones toponímicas, como “El Lorito” o “Loreto”, “en la Cra. de Mérida al Matadero” e incluso en la zona de “Santa Lucrecia”, etc. (Álvarez, 1976: 148). En la orilla sur del río subsistía, todavía en el siglo XX, ese topónimo de “El Lorito”, aludido ya por Moreno de Vargas -como veremos más adelante- y que venía a coincidir con las inmediaciones del Matadero Provincial. A éste se accedía transitando por un camino o estrecha carretera, que partía desde el Puente Romano y discurría paralelo al cauce del Guadiana en dirección a “El Prado”. Hoy, toda esta área se encuentra en vías de urbanización. Sin embargo, aún en el parcelario inmediatamente anterior, en las fotografías aéreas, en los topográficos y el planeamiento urbanístico, o en el recuerdo mismo de los vecinos de la localidad, se conserva con nitidez el trazado de ese vial; incluso cuando comenzaban las labores de excavación del solar para la construcción de la EHM persistían las últimas decenas de metros de esta vieja carretera antes de llegar a su destino, el referido Matadero.

Por aquel entonces, el Museo estaba dirigido por D. José Álvarez Sáenz de Buruaga, quien firmaría un meritorio trabajo años más tarde titulado *Los primeros templos cristianos de Mérida* (Álvarez, 1976), donde se hacía un repaso acerca de las iglesias y ermitas que pudieron existir en la Mérida tardoantigua. Recogía todas aquellas alusiones y coordenadas indirectas que tradicionalmente se venían desprendiendo de la lectura de las *Vidas de los Santos Padres Emeritenses*, reproduciendo algunos de los viejos postulados que los eruditos locales habían hecho calar en la historia de la ciudad. No obstante, era ya un acercamiento con cierta dosis crítica y con una visión arqueológica, ausente en muchos de aquéllos otros.

Entre los haberes de este estudio, nos interesa precisamente el aporte que hace a propósito de la

localización de una de las ermitas desaparecidas, la de Santa Lucrecia. Decía que en la carretera que conduce al Matadero habían aparecido varias piezas escultóricas de mármol que databan de época visigoda y -apuntillaba- su fortuito hallazgo se debía a la extracción de tierras para surtir a un horno cerámico que había allí mismo, a finales de 1949. Se refería precisamente a aquellos mismos vestigios marmóreos recogidos en el Museo y estas indicaciones completaban en cierta medida lo recogido en las fichas de ingreso. Además, si nos detenemos en las circunstancias del descubrimiento -“al hacerse un profundo rebaje de tierras” “donde al parecer hubo años antes un horno de cerámica que (...) destruyó parte del yacimiento” (Álvarez, 1976: 148)- podemos llegar a comprender, incluso, algunas particulares circunstancias observadas durante el proceso de excavación en la estratigrafía del solar de la EHM, que incluía la sección de las cunetas de aquella carretera. Precisamente las evidencias más sobresalientes del siglo XX corresponden a los heterogéneos rellenos de cenizas, carbones y tierra de textura limosa que colmataban profundas depresiones artificiales del terreno, sumamente irregulares.

Otra de las referencias que pueden extraerse del testimonio de Álvarez Sáenz de Buruaga tiene que ver precisamente con la destrucción de unos enterramientos, dos años antes, durante las obras del chalet del conocido médico emeritense Andrés Valverde Grimaldi, cuya ubicación no debió alejarse del hasta hace poco Matadero Provincial o Regional. Al parecer se trataban de sepulturas con cubiertas de “mármol decorado visigodo”, lo que de alguna forma supone abundar sobre la posición de la EHM y la localización aquí de restos escultóricos tardoantiguos.

En definitiva, de una forma u otra, podemos poner en relación un grupo al menos de las piezas

escultóricas ingresadas en aquel año -1949- con el espacio excavado para la EHM. Quedándonos exclusivamente con las que se recogen como procedentes de la “Cra. del Matadero”, el conjunto consta de dos pilastras decoradas (Fig. 6), un pilarcillo, una columnilla, varios fragmentos de placas decoradas -una de ellas parte de un posible crismón (Cruz, 1985: 85, 194, 206, 287, 291, 348)- y una pieza de ensamblaje (núms. inv. 7897, 8746, 13889, 12142, 12140, 12126 y 17807).



Fig. 6 - Pilastra decorada de mármol procedente de la “Cra. del Matadero”, hoy expuesta en la Colección Visigoda de Mérida (nº inv. MNAR 7897).

Por su parte, no debemos dejar al margen otras piezas que -como adelantaba- son ingresadas en el Museo con la indicación de “El Lorito” o “zona de Santa Lucrecia”, esta última en relación con la arraigada creencia de que ambos topónimos guardaban relación -derivado el uno del otro-, como también veremos más adelante. En concreto, podemos resaltar un cimacio de pilastra, con decoración de rosetas de cuatro pétalos o cruces insertas en círculos tangentes, tallado sobre una inscripción romana (Cruz, 1985: 114), y un segundo cimacio (Fig. 7), igualmente decorado en sus frentes con motivos fitomorfos, esta vez con palmetas quinefolias y rosetas estrelladas de seis puntas insertas en un círculo (Cruz, 1985: 153).



Fig. 7 - Cimacio decorado de mármol, procedente de “El Lorito” -inmediaciones de la carretera del Matadero Provincial-; fue ingresado en 1949, en el entonces Museo Arqueológico de Mérida -hoy el MNAR “Colección Visigoda”- (nº inv. MNAR CE27197).

En general, todas ellas pueden ser entendidas como parte del repertorio habitual de la arquitectura tardoantigua hispánica y sus motivos casan bien con la acostumbrada decoración de los edificios religiosos del momento. Las pilastras -cuanto menos una de ellas-, si bien pueden ser un elemento no necesariamente vinculado a ese uso, sí guardan interesantes semejanzas con las piezas reutilizadas en el Aljibe de la Alcazaba o

del denominado *Xenodochium*, muy vinculado a la arquitectura emanada de la Iglesia emeritense de la época. Una de las placas es más que susceptible de interpretarse como parte de un cancel, más aún si reconocemos en él el símbolo cristiano -cristmón o cruz patada-; las otras pueden, en efecto, no haber desempeñado la misma función, aunque no por ello carecen de una manifiesta carga simbólica y cristiana -un león y un toro- como parte de un hipotético Tetramorfos (Cruz, 1985: 201). También la pieza de ensamblaje con representación de un trifolio y venera (Cruz, 1985: 68, 184, 282) puede caminar en esa línea de los elementos que suelen componer el ambiente litúrgico de las construcciones tardoantiguas. El motivo de la roseta estrellada de seis puntas, por su parte, parece abundar igualmente en ese cariz significativo y simbólico, pudiendo sustituir a la cruz en determinadas composiciones (Cruz, 1985: 326).

Las “Vidas de los Santos Padres Emeritenses” y la estela de Moreno de Vargas

Las *Vitae Sanctorum Patrum Emeritensium* constituyen uno de los documentos más importantes que posee la disciplina histórica para comprender el funcionamiento de la Iglesia hispánica de los siglos VI-VII -con permiso del contenido de los concilios- y, en particular, supone el ineludible referente literario de la Tardoantigüedad en Mérida. De hecho, es una compilación de obrillas relativas a la vida de Paulo, Fidel y Masona, que fueron obispos de la ciudad durante buena parte del siglo VI -desde ca. 530 en que el primero accede a esta dignidad- e inicios del VII, ambientada, por tanto, entre los reinados de Leovigildo y Recaredo. No obstante, son muchos los interrogantes que aún presenta el texto, comenzando por su autor -anónimo, aunque no falta alguna hipótesis distinta al

respecto-, aunque no falta alguna hipótesis distinta al respecto- o el momento en que la obra fue escrita, quizás hacia 633-638, durante el obispado de Esteban de Mérida y revisada poco después, entre 666 y 681 (Velázquez, 2008, 13-15).

El contenido y el lenguaje es en buena medida el propio de las hagiografías del momento, pero, a pesar del sesgo habitual de este tipo de relato, entre sus líneas se revelan informaciones de gran interés. Entre prodigios y milagros de los obispos, se deslizan datos acerca de la topografía urbana, que incluye la existencia de los templos cristianos contemporáneos al texto y su ubicación relativa. La catedral consagrada a *Sancta Iherusalem*, el inmediato baptisterio de San Juan y el palacio episcopal, la basílica de Santa Eulalia y otros edificios próximos, como una *domus* y el conocido hospital *-xenodochium-*, identificado en la actual barriada de Santa Catalina. Aunque no muy alejado del centro urbano, este conjunto ya quedaba fuera del recinto amurallado; no así tanto el monasterio de *Cauliana* y otras dos ermitas, la de San Fausto y la de Santa Lucrecia.

Vamos a detenernos en estas dos últimas. A ellas se alude en un interesante capítulo que versa sobre uno de los milagros atribuidos al obispo

Fidel. En la narración³, un joven que permanecía frente a uno de los accesos de la ciudad, en la llamada “Puerta del Puente”, aguardando a que ésta se abriese, divisó a lo lejos a un grupo de santos entre los que figuraba el propio Fidel. La comitiva, precedida de un *globum igneum* -orla, halo o esplendor que rodea a los santos (Velázquez, 2008: n. 30)-, se dirigía hacia la basílica de Santa Lucrecia y partía de la iglesia de San Fausto “a una milla de la ciudad” (*Lib. IV, 7, 2-7*).

A partir de tan someras indicaciones, se ha supuesto que ambos templos cristianos se encontraban fuera de la ciudad y habrían de ubicarse al otro lado del Puente Romano. Que la reciente tradición histórica emeritense hubiera incorporado rápidamente estas deducciones tiene gran parte de la responsabilidad el historiador local Bernabé Moreno de Vargas, autor de la *Historia de la Ciudad de Mérida*. Suponía que los restos de la ermita de Santa Lucrecia habrían de buscarse en la fábrica de la también desaparecida iglesia de Ntra. Sra. de Loreto, cuya ubicación correspondería al paraje homónimo, y que esta advocación tendría que ver con la corrupción fonética de aquella Lorecia o Lucrecia⁴. Otros investigadores se limitan, en muchos casos a reproducir lo expresado por este autor. El padre Flórez o V. Barrantes siguen de

3 “Cierta día [Fidel] envió a un muchacho, sirviente suyo, a un lugar que se llama Caspiana, que dista de la ciudad de Mérida dieciséis millas, y le mandó que regresara a toda prisa. Éste partió, pero, como sucedió que no pudo regresar en el mismo día, se quedó allí. Justo al inicio de la noche, estando ya dormido, le pareció que cantaban los gallos y despertándose inmediatamente subió a su caballo y apresurándose veloz llegó antes de medianoche ante la puerta de la ciudad que se llama Puerta del Puente. Después de permanecer durante mucho rato, al comprobar que se había levantado antes de la hora conveniente y que, aunque llamaba a gritos, nadie le abría la puerta, le pareció oportuno dar de comer a su caballo un poco de forraje de hierba hasta que alguien le franqueara la puerta. Y he aquí que de repente, a altas horas de la noche, alzando la vista vio a lo lejos un globo de fuego que salía de la iglesia de San Fausto, que está a casi una milla de la ciudad, y se dirigía a la basílica de Santa Lucrecia. Mientras éste contemplaba en silencio qué era aquello, inmediatamente una multitud de santos, a quienes aquella luz precedía, avanzando por el puente llegó hasta la puerta; con ellos caminaba también el muy santo Fidel. En cuanto el grupo llegó a la puerta el citado muchacho, al ver el tropel de neófitos y reconocer también al venerable Fidel vestido con una túnica blanca, avanzando en medio de ellos, se quedó atónito y, aterrado y tembloroso por el miedo, quedó como muerto” (*VSPE, Liber IV, 7, 2-7*).

4 “Su cuerpo de nuestra Santa Leocrecia están entre los demás mártires que tiene esta ciudad en la Iglesia de Santa Eulalia. Y en tiempo de los godos tuvo templo dedicado a su nombre de esa parte del Guadiana cerca de la puente, como dice Paulo Diácono. Púedese creer es que ahora está allí con advocación de Nuestra Señora de Loreto, porque el edificio de la capilla mayor y sus dos colaterales son fábrica de godos; si bien el cuerpo de la iglesia es de tiempo más moderno. Pudo ser que siempre hubiese conservado el nombre de Lucrecia con alguna corrupción causada del lenguaje de los moros y que después por constarle a los cristianos que verdaderamente había sido iglesia antigua e imaginando que el nombre de Lucrecia o Lorecia era el de Loreto, la dedicaron a esta Señora causado de la ignorancia de nuestros mayores” (Moreno de Vargas, 1633: 198).

una forma u otra esta estela; incluso -como hemos visto- J. Álvarez (1976) parte de esa hipótesis para contextualizar algunos de aquellos hallazgos escultóricos de la Cra. del Matadero. Algo más recientes son las aportaciones de P. Mateos, que duda de una posición tan alejada del templo de Lucrecia y -siempre a partir de la escueta y ambigua narración de las *Vitae*- sostiene la posibilidad de que se encontrara en la misma orilla de la ciudad amurallada, acaso en el lugar donde se levantará la Alcazaba islámica (Mateos Cruz, 1997: 614).

Con todo, hasta el momento no parece que se hayan producido avances significativos en este sentido, no al menos más allá de apreciaciones topográficas que redundan en semejantes consideraciones (Sastre, 2010: 93). Por otro lado, también la propia advocación acarrea ciertos interrogantes, pues como mártir, Lucrecia no se conoce hasta época medieval; la alusión pues a una basílica con este nombre puede tener que ver, como defiende P. Mateos, con la existencia de un *titulus Leocritiae* identificado erróneamente después con la santa cortobesa (Cruz Mateos, 1997, 614).

Tampoco al respecto de San Fausto logramos mayor seguridad. Asumía Moreno de Vargas⁵ que la distancia expresada en el mismo relato -una milla, recordemos- podría cumplirse en el cerro frente al Puente Romano, de donde partían los caminos hacia Calamonte y Arroyo de San Serván. Esa confluencia de calzadas, en tiempos del historiador moderno -siglo XVII-, vendría a coincidir con el entorno del actual polígono CEPANSA. La conclusión desnuda, débil y subjetiva de Moreno de Vargas, precariamente sostenida por la cuestión de la distancia, va a sustentar nuevamente su

estela historiográfica durante los siglos siguientes. Incluso una voz de la autoridad de J. Álvarez abunda en ella, ahora bien, incorporando “dos piezas visigodas decorativas de mármol” aparecidas durante las obras de dicho polígono industrial (Álvarez, 1976: 148) que, no obstante, no han de significar otra cosa que existiera en las inmediaciones uno de esos templos aludidos, a lo sumo.

Conclusiones

Seguramente, el debate de la ubicación de los templos aludidos en las *Vitae* ha supuesto un verdadero acicate para el análisis de la topografía cristiana de la Mérida tardoantigua. A pesar de los meritorios estudios acometidos por los investigadores actuales y sus antecesores, muchas de las premisas manejadas para situar cada una de las iglesias, ermitas y monasterios aún presentan importantes carencias. La extensa colección de escultura emeritense de los siglos VI y VII contrasta sin embargo con la parquedad de los datos arqueológicos contextualizados, sobre todo desde el punto arquitectónico. La basílica “senior” de *Sancta Iherusalem* pudiera ser un buen ejemplo de ello, pues a pesar de todo lo dicho acerca de su posición relativa y de su probable identificación con la actual concatedral de Santa María, aún faltan pruebas arqueológicas determinantes con base en documentos arquitectónicos definitivos.

Ni que decir tiene, los “templos menores” han gozado tal vez de menor atención que aquella o que los elementos que conforman el conjunto eulaliense, aunque, como hemos visto anteriormente, no han faltado intención ni propuestas para situarlos al menos. Cabe tener en cuenta,

5 “La iglesia de San Fausto, de que aquí se ha hecho mención, debía estar en aquel alto o cerro que está entre los caminos que salen de Mérida y van a Calamonte y Arroyo; los de Mérida tuvieron devoción con este santo, ora porque era hermano de San Serván y San Germán, ora porque quizás era también su natural, como lo fueron estos sus hermanos, o por todo junto, y así le edificaron templo a la vista de la ciudad, pues el criado del arzobispo le vio desde la puente de Guadiana” (Moreno de Vargas, 1633: 198)

en descarga de responsabilidad de los meritorios trabajos de investigación, que las noticias que nos llegan de aquéllos son sumamente parcas y, en muchos de los casos, no pueden ser contrastadas con otras fuentes. Este problema nos lleva a asumir la práctica imposibilidad de localizarlos, sobre todo los edificios extramuros o más alejados de la ciudad. Sin embargo, tal vez fruto de la casualidad, ocurre que en alguna ocasión se dan encuentro en unos pocos metros cuadrados de terreno diversas circunstancias que nos permiten albergar cierta esperanza al respecto. Pudiera ser que algo así sucediera en el lugar hoy ocupado por la EHM.

Desde que Moreno de Vargas sugiriese la correspondencia etimológica y toponímica entre Loreto, Lorito, “Lorecia” y *Leocratia*, sobre este espacio periférico de la Mérida actual y romana ha sobrevolado la idea -cuanto menos la sospecha- de que el historiador local estuviera en lo cierto y que ahí alguna vez existieron los restos de la basílica de esta *Leocratia*, aludida en las *Vitae*. Sin embargo, ni sus argumentos ni tampoco los esgrimidos desde entonces por toda una estela de eruditos e investigadores, han podido corroborar tal relación ni aportar mayores datos en esa línea.

Cuestión bien distinta es que, en efecto, existan pruebas de un templo tardoantiguo y cristiano en la zona. Éstas son, como hemos venido enumerando a lo largo de la presente comunicación, una interesante concentración de hallazgos escultóricos en mármol de cronología “visigoda” y de carácter indudablemente litúrgico. Pero, también lo van a ser esos restos de una edificación que, en términos estratigráficos, coincide temporalmente con aquéllos y que, también en el aspecto morfológico, no presenta en modo alguno rasgos incompatibles con la planta de una de esas iglesias tardoantiguas que cabría esperar en Mérida. Mas al contrario, el sobredimensionado de sus muros

-con anchos superiores a un metro, recordemos- parece denunciar cierta singularidad del edificio y la fisonomía absidada de uno de ellos permitiría abogar por ese uso religioso que, desde aquí, he tratado de defender.

No hemos de perder de vista que los límites que hacíamos ver acerca del contenido de las *Vitae* a propósito de la localización de uno de esos templos extramuros -particularmente los de Santa Lucrecia o de San Fausto- están todavía vigentes, aún después de mostrar los datos y nuestras conclusiones, y que tal vez debamos resignarnos admitiendo que los restos que encontramos en la EHM podrán serlo de cualquiera de estas dos iglesias desaparecidas, incluso de alguna otra anónima e ignota de la ciudad.

Con la misma prudencia, hemos de sostener pues que nuestros restos podrían corresponder un edificio religioso, que los muros de éste, a pesar de su pésima conservación, no contradicen tal posibilidad y que, con todo, aún persisten importantes interrogantes. El primero de ellos es el desarrollo de su planta y el segundo es necesariamente su identificación religiosa y advocación concreta. Por esta razón, es preferible desenvolvemos en términos de hipótesis y, en ese sentido supositivo, se propone el título mismo de la intervención: “Sobre la pista de una iglesia desaparecida de la Mérida tardoantigua”.

Bibliografía

ALBA CALZADO, Miguel; FEIJOO MARTÍNEZ, Santiago (2003). Iglesia de Santiago (Albuquerque). In Caballero Zoreda, Luis; Mateos Cruz, Pedro (eds.) *Repertorio de Arquitectura Cristiana en Extremadura. Época Tardoantigua y Altomedieval*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, 29. Mérida: Ed. CSIC, pp. 11-14.

- ÁLVAREZ Sáenz de Buruaga, José (1976). Los primeros templos cristianos de Mérida. *Revista de Estudios Extremeños*, XXXII-I, pp. 139-155.
- BARRERA ANTÓN, José Luis de la (1995). Las necrópolis de Santa Eulalia, Mérida y Santa Eulalia. In *Actas de las Jornadas de Estudios Eulalienses*. Mérida, pp. 77-89.
- BUENO ROCHA, José (1973). Antiguas iglesias de Extremadura. La ermita de Santiago en Alburquerque (Badajoz). *Alcántara*, 29, pp. 5-16.
- BUSTAMANTE ÁLVAREZ, Macarena; HERAS MORA, Francisco Javier (2013). Producción anfórica en Augusta Emerita (Mérida, Badajoz) y los nuevos hallazgos del solar de la Escuela de Hostelería. In Darío Bernal; Luis Carlos Juan; Macarena Bustamante; José Juan Díaz; Antonio Sáez (eds.) *Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania* (I Congreso Internacional de la SECAH (Cádiz, 3-4 March 2011)). Cádiz: Universidad de Cádiz and Ex Officina Hispana, Sociedad de Estudios de la Cerámica Antigua en Hispania, pp. 199-213.
- LOPES, Virgílio (2000). O baptistério e o conjunto musivo de Mértola. Balanço das escavações recentes. In *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*, VI. Porto, pp. 669-678.
- MACIAS, Santiago (1992). A Basilica paleocristã e as necrópoles paleocristã e islâmica de Mértola: aspectos e problemas. In *XXXIX Corso di cultura sull'arte ravennate e bizantina*. Ravenna: Ed. del Girasole, pp. 401-434.
- MACIEL, Manuel Justino; BARACHO, Carlos (1994). O monumento absidal de Odrinhas (Sintra). *III Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica* (Maó, 12-17 de setembre de 1988). Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, Universitat de Barcelona, Institut Menorquí d'Estudis, pp. 93-103.
- MATEOS CRUZ, Pedro (1997). El urbanismo emeritense en época paleocristiana (ss. V-VI). *Antigüedad y Cristianismo. Revista de Estudios sobre Antigüedad Tardía*, 14, pp. 601-616.
- MATEOS CRUZ, Pedro (1999). *La Basílica de Santa Eulalia de Mérida*. *Arqueología y urbanismo*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XIX. Madrid: Ed. CSIC.
- MORENO DE VARGAS, Bernabé (1633). *Historia de la Ciudad de Mérida*, (10ª ed.), Biblioteca Pública Municipal "Juan Pablo Forner", 2001.
- SASTRE DE DIEGO, Isaac (2010). *Los primeros edificios cristianos de Extremadura. Sus espacios y elementos litúrgicos*, Ataquina, Colección de Estudios de la Lusitania 5. Badajoz: Asamblea de Extremadura.
- SERRA RAFOLS, Josep Calassanç (1952). *La 'villa' romana de la Dehesa de La Cocosa*. Badajoz: Diputación Provincial.
- VELÁZQUEZ, Isabel (2008). *Vidas de los Santos Padres de Mérida*. Madrid: Ed. Trotta. Madrid.
- ÁLVAREZ Sáenz de Buruaga, José (1976). Los primeros templos cristianos de Mérida. *Revista de Estudios Extremeños*, XXXII-I, pp. 139-155.
- BARRERA ANTÓN, José Luis de la (1995). Las necrópolis de Santa Eulalia, Mérida y Santa Eulalia. In *Actas de las Jornadas de Estudios Eulalienses*. Mérida, pp. 77-89.
- BUENO ROCHA, José (1973). Antiguas iglesias de Extremadura. La ermita de Santiago en Alburquerque (Badajoz). *Alcántara*, 29, pp. 5-16.
- BUSTAMANTE ÁLVAREZ, Macarena; HERAS MORA, Francisco Javier (2013). Producción anfórica en Augusta Emerita (Mérida, Badajoz) y los nuevos hallazgos del solar de la Escuela de Hostelería. In Darío Bernal; Luis Carlos Juan; Macarena Bustamante; José Juan Díaz; Antonio Sáez (eds.) *Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania* (I Congreso Internacional de la SECAH (Cádiz, 3-4 March 2011)). Cádiz: Universidad de Cádiz and Ex Officina Hispana, Sociedad de Estudios de la Cerámica Antigua en Hispania, pp. 199-213.
- LOPES, Virgílio (2000). O baptistério e o conjunto musivo de Mértola. Balanço das escavações recentes. In *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*, VI. Porto, pp. 669-678.
- MACIAS, Santiago (1992). A Basilica paleocristã e as necrópoles paleocristã e islâmica de Mértola: aspectos e problemas. In *XXXIX Corso di cultura sull'arte ravennate e bizantina*. Ravenna: Ed. del Girasole, pp. 401-434.
- MACIEL, Manuel Justino; BARACHO, Carlos (1994). O monumento absidal de Odrinhas (Sintra). *III Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica* (Maó, 12-17 de setembre de 1988). Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, Universitat de Barcelona, Institut Menorquí d'Estudis, pp. 93-103.
- MATEOS CRUZ, Pedro (1997). El urbanismo emeritense en época paleocristiana (ss. V-VI). *Antigüedad y Cristianismo. Revista de Estudios sobre Antigüedad Tardía*, 14, pp. 601-616.
- MATEOS CRUZ, Pedro (1999). *La Basílica de Santa Eulalia de Mérida*. *Arqueología y urbanismo*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, XIX. Madrid: Ed. CSIC.
- MORENO DE VARGAS, Bernabé (1633). *Historia de la Ciudad de Mérida*, (10ª ed.), Biblioteca Pública Municipal "Juan Pablo Forner", 2001.
- SASTRE DE DIEGO, Isaac (2010). *Los primeros edificios cristianos de Extremadura. Sus espacios y elementos litúrgicos*, Ataquina, Colección de Estudios de la Lusitania 5. Badajoz: Asamblea de Extremadura.
- SERRA RAFOLS, Josep Calassanç (1952). *La 'villa' romana de la Dehesa de La Cocosa*. Badajoz: Diputación Provincial.
- VELÁZQUEZ, Isabel (2008). *Vidas de los Santos Padres de Mérida*. Madrid: Ed. Trotta. Madrid.